

- ¡Dios me asista! Sus epigramas están escritos con tinta de cicuta. Lo que deseo es un *Diálogo* en que yo aparezca, y he venido a reclamarle el que no se haya acordado de mí.
- Prometo subsanar el olvido. ¿Con quién le agradecería dialogar imaginariamente, Ruiseñor?
- No sé... Quizá con Ernestina Garfias, o con Irma González, para decirles cuatro verdades. Lo dejo a su elección. Y también lo felicito como actor, pues la noche que asistí al teatro, representó usted el papel de Diego Rivera, y lo hizo muy bien, pero no pude aguantar que mi risa cantarina brotase de mis labios. ¡Usted, que escribió la *Diegada*!
- ¡No me diga que usted ha leído eso!
- ¿Por qué no? He leído todo cuanto usted ha escrito.
- Me ha hecho ruborizar.
- Seré la primera persona que lo ha conseguido. Debo marcharme ahora, señor Novo. Ha sido un placer charlar con un hombre ilustre como usted. Ya tendremos tiempo de hacerlo más largo cuando nos veamos en la Rotonda.
- Me agradecerá la compañía de algunos de los que allí están, aunque no de otros, pero deseo que ese agrado o desagrado tarde aún bastante en llegar.
- Yo también lo deseo. Adiós, don Salvador. ¡Y escriba mi *Diálogo*, no se olvide! Le prometo cantarle *Traviata* todos los días durante toda la eternidad.
- Entonces jamás escribiré el *Diálogo*. Adiós, Angelita. Saludos a don Eugenio y a don Julián, sus dos esposos.

23 de enero de 1972

DE UN INGLÉS A UN ITALIANO

Al muy honorable commendatore Giacomo Barabino.
Vuestra Señoría:

“El afecto que profeso a vuestro honor no tiene fin, y este opúsculo, sin comienzo, es tan sólo una porción insignificante.” Perdo-

nadme si doy principio a esta carta usando las mismas palabras que dirigí al conde de Southampton cuando le dediqué *Venus y Adonis* y *La violación de Lucrecia*, pero es que en verdad os profeso una simpatía que si bien no es tanta como la que sentía por Henry (él me permitía llamarlo así en la intimidad), sí es lo bastante grande como para que os envíe esta carta felicitándoos calurosamente por la presentación escénica que habéis hecho de vuestra propia obra intitulada *Yo, William Shakespeare*. Pues bien, yo, William Shakespeare (podéis llamarme Will) estoy satisfecho con ella y como príncipe de las letras inglesas envió un fraternal abrazo a un hijo del príncipe de las letras italianas (ya supondréis que me refiero a Dante, a quien en la intimidad le digo Dan por sonarme más inglés).

Cuando supe que en México (país del que no había oído hablar sino hasta el siglo pasado en que se representó, muy mal por cierto, mi *Hamlet* en el Teatro de Oriente) se iba a montar una comedia sobre mi ilustre persona, me despedí de Mickey (así le digo a Miguel de Cervantes), con quien tomaba un vaso de vino, lo que por ser manco se le dificulta bastante. Me subí en el Cisne del Avon que me regaló Fred (así le digo a Fedor Dostoiéwskí) en un obsequio lleno de simbolismo y que mucho le agradezco, y me trasladé en un decir *Jesus Christ* a esa que en un tiempo fue hermosa ciudad de la Nueva España. Admiré el Palacio de las Bellas Artes, aunque me pareció tan viejo y tan feo como mi Teatro del Globo (¿por qué no lo derribáis en lugar de tirar los buenos monumentos?) y me instalé cómodamente para ver lo que yo pensaba sería un espectáculo pobretón y malo, como corresponde a un país que según me había dicho Johnny (así le digo a Juan Ruiz de Alarcón) era subdesarrollado y él se avergüenza de haber nacido en él. La próxima vez que lo vea le voy a dar un garrotazo en la joroba, pues está muy equivocado en sus conceptos socioeconómicos de su tierra natal. Escuché embelesado una muy buena música, de corte moderno, que servía de obertura y aplaudí cordialmente a don Luis Herrera de la Fuente (a quien ofrecí un polvo de rapé que por cierto no aceptó) y a todos los componentes de la Orquesta Sinfónica Nacional.

Se descorrió la cortina y apareció una representación exacta de

como yo soñé a mi Titania, la reina de las hadas, en *Sueño de una noche de verano*. ¡Qué beldad femenina encantadora! Pero, ¡ay!, he aquí que comienza a hablar y todo el hechizo queda roto. ¡Qué mal lo hace: sin tonos, sin emoción, sin dar valor a las palabras! La señorita Teresa Velázquez debería haber sido actriz de lo que vosotros llamáis cine mudo, porque así habríais admirado su belleza sin escuchar su voz y sus matices. Ya estaba yo decepcionado, tanto por lo que ya dije como por escuchar algunos pareados bastante cojos y forzados (como este que acabo de hacer) y que espero que vuestro antepasado Charly (así le digo a Carlo Goldoni) no escuche nunca, cuando de pronto se presentó ante mi vista una taberna de mi época, y comenzó un diálogo amable, vivo, interesante, que pintaba fielmente las costumbres de mi tiempo y que demostraba un vasto conocimiento, una profunda investigación histórica y literaria, y un amor muy hermoso a todo lo que me rodeó en vida. Muchas gracias, honorable señor comendatore Barabino, por haber recreado mi época de una manera tan bella.

Vi a Cris (así le digo a Christopher Marlowe), y a Jim (James Burbage) y a mi querido Henry, conde de Southampton. A Cris lo encarnaba un buen actor llamado Sergio Bustamante, a quien pertenece casi todo el acto primero y lo hace muy bien, sobre todo cuando dice el monólogo de la mentira. ¡Lástima que al interpretar al adorado hijo de mi mente y de mis entrañas, el príncipe de Elsinor, lo haya hecho tan mal, moviendo las manos tan descompasadamente y diciendo mi *To be or not to be* como si pregonara castañas en la vía pública! Pero lo perdono de corazón porque, repito, en el primer acto estuvo excelente. A Jim lo interpretaba un viejo y magnífico actor, don Eduardo Alcaraz, quien con gran seguridad y aplomo escénico dijo sus parlamentos. Os juro que a él no tendría yo que darle consejo alguno como lo hice con los cómicos en el *Hamlet*.

Debo decir también que felicito ardorosamente al actor Sergio Klainer, porque interpretó a mi querido Henry de Southampton tal cual era y es mi inolvidable amigo. La misteriosa bruja que intercalasteis en el primer acto y que profetiza el destino de mis amigos y el mío propio, fue desempeñada inmejorablemente por la actriz Ana Ofelia Murguía, la que me consoló después de haber

visto a la señorita Velázquez, y me hizo estar seguro de que en aquel país de Sor Juana, hay también actrices excelentes. Un puritano espléndido y más tarde un empresario magistral, lo representó Patricio Castillo, que es, y lo será por mucho tiempo, un actor en toda la extensión de la corta palabra.

En el acto segundo (después de soportar nuevamente la monotonía de doña Tere) tuve el agrado de aplaudir hasta el dolor de mis flacas palmas a don José Gálvez, quien hizo un Ben Johnson verdaderamente soberbio. ¿Y de mí mismo qué decir? Me agradó sobremanera la presencia escénica y la apostura del galán que me encarnaba, o sea míster Jorge Lavat, y me agradó aún más que el director de escena no tratara de que se pareciese demasiado al horrible grabado que anda por allí y que no me favorece nada; pero creo que míster Lavat pudo haber sacado mayor provecho de vuestro texto y de mi persona. Lo sentí demasiado frío, demasiado consciente de que me estaba remedando. Posibilidades de actor se las veo, y mira que yo sé de eso, pero quizá el compromiso de estar queriendo ser Will, el Cisne del Avon y todas esas tonterías como me llaman, lo inhibió. Es lástima.

El director de escena, don Héctor Azar, demostró que es un magnífico elemento con el que contáis en las Indias. Esa hermosa escena de los tres actores en un nivel y los otros tres en otro más elevado y que se supone están representando mi *Ricardo III* en el Globo, es un acierto maravilloso, y al terminar la obra con mi muerte (muy falsa porque yo morí después de una borrachera increíble, según cuenta John Ward, vicario de Strafford y mentiroso por naturaleza), esa idea de levantar los decorados para que se viera la magia interna del teatro, con sus proyectores, diabras, buscadores, seguidores y todos esos adelantos estupendos que tenéis ahora en un foro, me conmovió hasta las lágrimas. El aplauso lo merece también don Antonio López Mancera, escenógrafo de primer orden. Y, por fin, un abrazo muy grande y mi admiración hacia el compositor Jacob S. Trommer, quien escribió a lo largo de toda la obra una bellísima música, a ratos con recuerdos isabelinos, a ratos moderna, pero siempre hermosa. Y a vos, signore Giacomo, mi gratitud por recordarme, mi admiración por escribirme y mi respeto por respetarme. Os deseo una

larga vida colmada siempre de felicidades. De vuestra señoría,
honorable señor, con todo afecto.

William Shakespeare

7 de mayo de 1972

UNA AUTOCRÍTICA

Sr. Luis Reyes de la Maza.
Teatro del Bosque

Mi poco estimado otro yo:

¿Conque al fin te has convertido en lo que según tú siempre detestaste? ¡Tanto hablar y hablar en contra de los críticos teatrales que a la vez son autores dramáticos, o sea que son juez y parte, para caer en lo mismo! Verdaderamente me das una poca de repugnancia, y digo una poca porque después de todo, y aunque lo sienta en el alma, eres yo mismo y me duele sentir mucha repugnancia, como debiera, por mi persona. Y lo que es peor aún, no se te puede calificar como autor, sino como algo contra lo que has escrito hasta descomponer varias máquinas, es decir, contra los “adaptadores”. ¡Me has convertido, a mí, crítico insigne, en un Güero Castro o en un Landeta! No te lo perdonaré nunca. Es más, si pudiera, no volvería a dirigirte la palabra. Pero vamos a ver, pedazo de bestia, ¿por qué se te ocurrió meterte a adaptador? ¿Qué no te diste cuenta que con ello les dabas a tus enemigos, que se cuentan por cientos, una poderosa arma para verte con desprecio? Siete años de ser un honesto crítico teatral, de juzgar lo que hacen los demás sin tener cola que te pisen, y de pronto sales tú, que soy yo, y te pones a “adaptar” la comedia de don Manuel Eduardo de Gorostiza, ilustre comediógrafo mexicano del siglo XIX, intitulada *Contigo pan y cebolla*, para hacer con ella una comedia musical. ¡Una comedia musical tú, que eres daltónico de los oídos y no sabes distinguir entre Chabuca Granda y María Callas!